

Seminario Amor y Política 13 de julio de 2016

Del amor a sí misma en tiempos patriarcales

«El día que una mujer pueda no amar con su debilidad sino con su fuerza, no escapar de sí misma sino encontrarse, no humillarse sino afirmarse, ese día el amor será para ella, como para el hombre, fuente de vida y no un peligro mortal».

Simone de Beauvoir

No resulta grato empezar este Seminario con las últimas palabras que enuncia nuestra querida Simone de Beauvoir, feminista francesa quien para muchas de nosotras fue inspiración e impulso hacia el comienzo de un camino de transgresión a los autoritarismos de derechas e izquierdas, de iglesias y estados, de padres, esposos y amantes, dando sentido con sus escritos a tantos malestares inenarrables, y quizás inadmisibles para muchas mujeres a quienes ya se nos había trazado un único camino de sumisión, sujeción y dependencia.

Día a día, mes a mes, año tras año escuchamos, conocemos y no dejamos de conmovernos e indignarnos con tantos asesinatos de mujeres a manos de sus parejas y exparejas, hombres que dicen amarles -hasta la muerte-.

El feminicidio es una pandemia global, si se quiere una acción terrorista cotidiana por los actos de crueldad y violencia que le anteceden, el cual a su vez se constituye en un mensaje contundente de advertencia a las mujeres que se niegan a vivir el amor con dolor y con renunciaciones a su libertad y a su ser.

Sí, Simone de Beauvoir tiene razón al igual que tantas feministas conocidas y desconocidas: el amor para muchas mujeres es una trampa letal, factor de riesgo para su integridad, para el despliegue de sus potencias humanas, en últimas una artimaña fraguada silenciosamente durante siglos desde una cultura que inferioriza a la mitad de la población humana y que oculta el despojamiento de su condición de sujeto con la ideología de la entrega y la generosidad devota a los seres queridos, para lo cual renunciar a SER (con mayúscula) es la máxima expresión de altruismo y acatamiento al deber ser femenino, disfrazando y embelleciendo esta anulación vital con el discurso del amor.

Así entonces en aras del amor, se ha justificado en estos tiempos patriarcales la reclusión de las mujeres al ámbito doméstico obstruyendo y en algunos casos castigando su osadía de hacer presencia activa en la esfera pública. En nombre del amor se ha asignado a la

población femenina la exclusividad de las tareas del cuidado, de la armonía y la protección de la familia, las cuales han de garantizarse así sean ellas, las mujeres, víctimas de actos por parte de sus parejas -a su vez padres de su prole- que reflejan justamente lo contrario, convirtiendo la existencia de las mujeres y la misma vida familiar en un campo de horror, hostilidad y negación de los más elementales atributos de lo humano, desdiciendo de aquello que se espera de la familia como ámbito en el cual se aprenden las nociones primordiales que nos harán buenos seres humanos, ciudadanas y ciudadanos comprometidos con el respeto, la solidaridad y la otredad.

Cuanto desastres, tropelías y desafueros con el amor como estandarte. Creyendo que lo viven, pero pensando que lo pierden, las mujeres entonces aceptan el miedo en su piel, el miedo al próximo golpe de aquel que dice amarle. Deseando el amor, se toleran violencias, humillaciones y abusos. Codiciando ese ideal de amor, se acumulan perdones, regalos, promesas de cambio, y una y otra vez la confianza frustrada.

Perseguimos el amor, el amor romántico, ese que nos venden a través del cine, la literatura, las canciones, las telenovelas, los textos religiosos y escolares, y el cual “compramos” a un alto precio pagando con el bien preciado de nuestra integridad y bienestar.

Creemos, así nos lo han dicho a las mujeres, que el amor todo lo puede y todo lo perdona, que amar incondicionalmente es por antonomasia un atributo indiscutible de la condición femenina, un esencialismo cuya creencia por parte de muchas mujeres ya ha producido muertes y proyectos de vida truncados.

Pero ¿qué es el amor? aquel que crea y no destruye, ese que nos conecta con la vida y nos activa un sentido genuino de conexión con los otros, sean conocidos o desconocidos, cercanos o lejanos. ¿Qué es amar? no desde la negación sino desde la potencia plena del ser, desde el goce de amar y no desde el reclamo de ser amadas. Quizás aún no sepamos del amor y de amar, nuestros referentes de lo uno y lo otro han sido construcciones históricas moldeadas por el capitalismo y el patriarcado, el primero ha mercantilizado el amor y el segundo ha impuesto parámetros diferentes para mujeres y hombres en un trasfondo de asimetría y de relaciones de poder marcadas por el dominio y la sumisión.

El capitalismo y el patriarcado han matado el amor, o mejor será decir, no lo han dejado nacer. Solo basta con mirar el paisaje de desamor e incluso odio que nos ofrece el mundo actualmente, una suma de insolidaridades y competencias individuales y colectivas, de grupos y estados que alimentan la separación y la discriminación. Los atentados terroristas que llenan las pantallas de nuestros televisores son de primera, segunda o nula categoría, así entonces nos hacen creer que unas muertes son más dolorosas que otras. Migrantes y refugiados huyen de guerras y regiones expoliadas por los países a los que llegan pero solo encuentran rechazo, humillaciones y discriminación en aquellos que

dicen ser cuna de la civilización y defensores de los derechos humanos. Como no hablar de las miles de mujeres en el mundo violentadas y asesinadas, cuyos crímenes no son vistos como tal y son legitimados en nombre de tradiciones, y naturalizadas razones que invocan el disciplinamiento de las mujeres.

Sí, cuesta vivir el amor tanto en lo personal como en lo colectivo por fuera de las prácticas de dominio que estos dos macro-sistemas nos imponen, moldeando mentalidades y sentires amorosos distorsionados y hasta excluyentes. Así por ejemplo, el patriarcado ha socializado de modo disímil a mujeres y hombres en las formas de amar y vivir el amor

El amor, es la respuesta a la necesidad humana de relacionamiento, de sentirnos en conexión, es preocupación activa por la vida y el crecimiento de esos seres próximos que amamos, y también de aquellos distantes. Antiguas tradiciones espirituales y modernos sistemas filosóficos se refieren al amor como esa experiencia que nos permite sentir y comprender que compartimos una sustancia humana común con nuestros congéneres, aún sean estos diferentes a mí en cuanto a etnia, edad, condición social, orientación sexual, creencia religiosa, convicciones políticas y por supuesto género.

El amor transita por varias posibilidades, intensidades y características, así entonces está el amor filial, ese que se da entre madres, padres, hijas e hijos. Mención especial merece el amor maternal por la exaltación, no exenta de doble moral, que de él se hace, en cuanto a entrega desinteresada, y por su impronta en la vida de los seres humanos. Igualmente hay que hablar del amor fraterno, al igual que del amor entre amigas y amigos, y claro también del amor altruista o amor universal ese que nos conecta con las causas sociales, políticas y humanistas. Por supuesto, como no hablar del amor que involucra la atracción sexual, el erotismo y ese deseo de fusión física y emocional con la promesa de una vida en común o al menos de compartir aspectos significativos de la vida con la pareja involucrada.

El amor en general pero de modo particular el amor en pareja es, o al menos debería ser acción genuina por el bienestar del otro, de la otra, amando a esa persona tal cual es. Cuando falta tal preocupación activa, no hay amor. En el amor hay cuidado, responsabilidad, respeto, ausencia de control y dominio. Al amar se quiere que la persona amada desarrolle creativamente sus propios poderes personales, que crezca y se desarrolle por sí y para sí misma, y no para servir y complacer a otro negando su ser y sus propio desarrollo personal. Si amo a otra persona, me siento una con ella, lo que no significa la renuncia a ser y actuar en libertad y autonomía, en un ejercicio constante de concertación y negociación con ese otro con quien comparto visiones comunes, entusiasmos vitales, intereses similares, economía y quizás hijas o hijos.

Pero la realidad del amor en pareja dista mucho de este ideario, pues al menos muchas mujeres viven su relación de pareja marcada por el control, el dominio, la violencia, la infantilización y la desvalorización por parte de ese hombre que dice amarles, mientras

tanto la sujeción, los celos y el dominio son las acciones cotidianas que alimentan en la pareja masculina su pobre concepto de poderío y virilidad.

Con lo dicho hasta ahora no puede interpretarse que feminismo y amor son una ecuación incompatible, la verdad es que las feministas no renunciamos al amor, solo que no queremos el amor que nos propone el patriarcado, ese amor romántico que idealiza el encuentro de dos seres y propone el paraíso y las mieles de la dicha a las mujeres, urgidas de ser amadas, de tener significación para alguien en una sociedad que poco las reconoce y valora. Sin embargo pronto esa relación es fuente de desdicha, de anulación, dolor y empobrecimiento vital. Ese supuesto amor se edifica sobre el dolor, la renuncia a sí misma y la resignación.

¿Por qué, en nombre del amor no pocas mujeres se mantienen en relaciones insanas, tóxicas y violentas? Las respuestas son múltiples y las causas son variadas, sin embargo hay un asunto en particular que nos interesa abordar, el amor a sí misma, ese que no mencionamos más arriba, el cual está a la base de todos los amores que circulan en nuestra vida y sin el cual es imposible amar a los demás de modo creador, productivo y dignificante.

Dice Marcela Lagarde, feminista mexicana a quien tuvimos el gusto de escuchar hace unos pocos años aquí en Medellín gracias a Vamos Mujer, que la estima del yo es un acto profundamente político, esto habida cuenta de las marcas en nuestra identidad colectiva como mujeres que el patriarcado ha dejado en nuestras vidas, y que se definen por el daño que han producido la inferiorización, la discriminación y la exclusión.

El acto de amarnos, de reconocernos, de comprender desde adentro que merecemos el disfrute de todo aquello que nos enaltece es todavía para muchas mujeres de aquí y de allá una asignatura pendiente. La culpa, el miedo, los controles, los mandatos que las mujeres hemos recibido durante milenios han horadado nuestra psiques penetrando en lo profundo de nuestra subjetividad. Así entonces, hemos andado por la vida cargando una pesada carga de ideas, sentires, órdenes, historias, saberes e ignorancias que nos han conducido a convivir con unas apreciaciones de menor valía y de indefensión sobre nosotras mismas.

Cada mujer cuenta con una impronta particular en su propia biografía personal, ha hecho una interpretación singular de sus vivencias y del entorno que tiene a partir de sus experiencias y sentimientos, influenciada por una cultura que por doquier y desde diferentes frentes nos ha situado en un lugar de inferioridad. El desprecio, la invisibilidad, la amenaza de castigo o lo que es peor la consumación del mismo tanto en el plano real como simbólico en caso de traspasar los límites impuestos por la cultura patriarcal, han sido parte de nuestra cotidianidad como mujeres.

La historia de la infamia contra las mujeres, la cual ya hemos empezado revertir con nuestro accionar político colectivo, es un compendio de hechos, normas, valores,

creencias, ideas y afirmaciones que laceran el alma del colectivo femenino de antes y de ahora.

La historia que da cuenta del menosprecio hacia las mujeres sin embargo aún no termina de escribirse y los ejemplos sobre “el deber ser femenino” abundan, así como las ideas que han esculpido un pretendido ser y estar de las mujeres en el mundo. Como no traer aquí por ejemplo el *Speculum* de Vincent de Beauvoir, que en el siglo XIII afirmaba: “La mujer es confusión del hombre, animal insaciable, angustia continua, guerra incesante, ruina diaria, morada de tempestad, obstáculo de devoción”.

Y qué decir del señor Juan Jacobo Rousseau, tan admirado él, que en 1762, en su obra *Emilio, o de la educación* decía: “Las niñas son en general más dóciles que los niños y, en cualquier caso, tienen más necesidad de estar sometidas a una autoridad... Este infortunio, si así puede considerarse, es inseparable de su sexo. Durante toda su vida estarán sometidas a las duras e incesantes restricciones impuestas por las buenas maneras. Deben ser disciplinadas para soportarlas..., pues la dependencia es un estado natural de las mujeres, y las muchachas se dan cuenta de que están hechas para la obediencia...”

Y que tal una antigua oración matutina que se imponía a hombres judíos “Bendito seáis, Señor Dios, Rey del universo, por no hacerme mujer” en tanto que las mujeres debían recitar “Bendito seáis, Señor Dios, Rey del universo, que me hiciste según vuestra voluntad”

Y por último, en este restringido vistazo a la misoginia en religiones y filosofías, añadamos esta comparación hecha por Hitler para sustentar su modelo fascista y dominador “Como una mujer que prefiere someterse al hombre fuerte antes que dominar al débil, así las masas aman más al que manda que al que ruega, y en su fuero íntimo se sienten mucho más satisfechas por una doctrina que no tolera rivales que por la concepción de la libertad propia del régimen liberal; con frecuencia se sienten perdidas al no saber qué hacer con ella (la libertad) y aún se consideran fácilmente abandonadas”

Si... volviendo sobre estas cuantas expresiones, sentimos indignación, furia que por fortuna se ha convertido para muchas mujeres en conocimiento y acción política transformadora.

Nos enseñaron a no amarnos, a creer que la máxima satisfacción es la propia negación, a vivir para complacer a otros, llámese pareja, padre o madre, hijas e hijos, partido, iglesia, estado, líder comunal.

Esta tendencia sacrificial, como la llama Marcela Lagarde, ha empezado sin embargo a transformarse. Estrategias diversas han acompañado el empeño de mujeres de antes y de ahora de tomar conciencia de nuestro desamor sobre ese primer y fundamental escenario que es la propia vida, que es el propio cuerpo deshabitado del sí misma.

La auto conciencia, el encuentro con otras y con las historias comunes de enajenamiento del propio ser, las acciones educativas, el desarrollo de pedagogías feministas, el acompañamiento intersubjetivo, son solo algunas de las acciones que nos van permitiendo el re-encuentro con ese reducto íntimo que contiene nuestras verdades interiores, estropeado por años de constantes mensajes de un “deber ser femenino” plagado de imposiciones al servicio de la imagen deseada por un poder edificado para exaltar entre otros, lo masculino, las jerarquías, la guerra y la razón en detrimento de lo femenino, la horizontalidad, la paz y lo emocional.

Lo personal es político, es la consigna que ha acompañado las transformaciones profundas que hemos emprendido las mujeres para desmontar desde el propio ser el andamiaje complejo de un sistema y una cultura, la patriarcal, que en primer lugar se ha mantenido a partir de la malquerencia de las mujeres sobre sí mismas.

Por ello, amarse es el primer acto subversor y de resistencia a esas estructuras políticas, sociales, culturales inhabilitantes de las capacidades femeninas, de su ser y de su actuar, proceder que tiene profundas repercusiones transformadoras tanto en la esfera privada como pública.

Ya muchas mujeres han emprendido este camino individual y colectivamente, no siempre fácil ni rectilíneo, en el cual esa mujer que pugna por adquirir su propia soberanía y por emanciparse de miedos, ideas y prejuicios se encuentra con esa otra mujer, que también es ella misma, atada a ideas, tradiciones, normas, valores, imposiciones y oposiciones de diferentes sectores de su entorno amado e inmediato: su pareja, la familia, las amistades, el pastor, el cura.

Amarse es el primer e irrenunciable peldaño para amar genuinamente a otros, para afrontar individual y colectivamente con fuerza, fortaleza y convicción los cambios en esos otros escenarios en los cuales también están enquistados los valores androcéntricos, hablamos del ámbito doméstico, el lugar de trabajo, el escenario comunitario, el partido, la calle, los medios de comunicación, el sistema educativo.

Descubrir el valor de lo que cada una es y hace es parte de ese proceso dirigido a establecer empatía con nosotras mismas. Amarnos es la posibilidad de descubrir nuestros poderes personales y la plenitud de nuestra existencia no obstante estemos inmersas en situaciones difíciles y problemáticas, imposibles de eludir en una sociedad como la nuestra caracterizada por la inequidad y las huellas de la guerra.

El goce de ser, es el fundamento para desplegar nuestro intelecto así como una vida emocional apasionante, al igual que para impulsar sueños, aspiraciones y proyectos vitales.

Para amarnos en tanto sujeto individual pero también en tanto integrantes de un colectivo que ha sido maltratado históricamente, necesitamos reparar los daños, encontrarnos con otras, cuidarnos, y sobre todo abrazarnos no solo para descubrir con las otras ese sustrato común de desazones producidas por un sistema que ha segregado a las mujeres y ha denigrado de ellas sino también para tejer sentidos y acciones comunes transformadoras en una sociedad que dista mucho de contar con las plenas condiciones para producir cambios en las mentalidades, así como en la cultura y en las instituciones en la perspectiva de destronar el patriarcado.

El amor a nosotras mismas, el crecimiento en autoestima no es en modo alguno un acto de egoísmo, por el contrario, está claramente sustentado y demostrado que el amor al propio ser es fundamental para amar a otros en libertad, respeto y comprensión. Amarse permite reconocer las propias necesidades, ritmos, sentires, contradicciones, en fin todo aquello que nos habita y nos constituye como seres humanos que piensan, emocionan, actúan. Conocernos, amarnos tal cual somos nos faculta para reconocer y amar a otras y otros, para relacionarnos no desde el dominio o la sumisión, la indiferencia o incluso el odio o la aversión sino desde otros parámetros que me enaltecen y enaltecen a su vez la existencia humana.

El amarnos nos faculta para el ejercicio de la libertad propia y la de los demás, nos impulsa a luchar contra todos los autoritarismos que nos agobian cotidianamente. Y son tantos los fundamentalismos y autoritarismos que nos abruman: la concepción heteronormatizada del amor, los modelos patriarcales que siguen reproduciendo un modo naturalizado sobre ser mujer o ser hombre, las ideologías que promueven el armamentismo y el militarismo, el consumismo y tras él la imposición de modelos económicos, precios y mercados en contra de la conservación de tradiciones y del patrimonio natural, los dogmas religiosos, las supremacías etnocentristas en contra de etnias, naciones y grupos humanos.

No cabe duda, la primera tarea ética y política es con nosotras mismas para desplegar, desde un si mima autoafirmado y gozante, nuestras ganas de vivir, de construir familias democráticas con espacios reales para el amor, de aportar a la construcción de paz en nuestro país ahora que es una posibilidad cierta, de cambiar este mundo que excluye no solo a las mujeres sino a tantos seres humanos, de defender los derechos de todas y de todos, de proteger la vida de este planeta.

En últimas el amor a nosotras mismas es un acto político transformador, liberador y libertario.

Deseo concluir con este bello texto del Tao de las mujeres, que refleja bien el espíritu de esta ponencia:

Enraizada

Forzándose demasiado a sí misma, llega a romper sus conexiones.
Permaneciendo demasiado ocupada, no tiene tiempo.
Haciendo por los demás, se descuida a sí misma.

Definiéndose solo a través de los demás, pierde su propia definición.

La mujer sabia riega primero su propio jardín

Tao de las mujeres

Ponencia elaborada por: Silvia María García A.
Directora General
Corporación Para la Vida Mujeres que Crean